

Mora y Cañas: su vida y destino¹

Rafael Obregón Loría

Resumen

Se resaltan los vínculos entre Juan Rafael Mora Porras y José María Cañas Escamilla, tanto en sus relaciones familiares y comerciales como en su condición de máximos líderes de la Campaña Nacional contra el ejército filibustero. Además, víctimas de los mismos enemigos políticos, morirían fusilados en Puntarenas, Costa Rica, en 1860.

Abstract

Mora and Cañas: their Life and Destiny
Rafael Obregón Loría

This article establishes bonds between Juan Rafael Mora Porras and José María Cañas Escamilla, in as many family and commercial relations as in their condition of political leaders of the "Campaña Nacional" (National Campaign) against the filibuster army. Furthermore, dual victims of the same political adversaries, they would be executed in Puntarenas Costa Rica, in 1860.

Muy complacido he aceptado la invitación de conversar sobre un tema tan extraordinario y de tanto sentido cívico como el relacionado con Mora y Cañas. Casi no hay necesidad de decir los nombres de ellos. Con sólo decir Mora y Cañas ya sabemos todos que se trata de las más grandes figuras de la historia costarricense.

Estos temas de historia deberían divulgarse con frecuencia, porque sirven para que nosotros vayamos queriendo más a nuestra patria. Lo que hace falta en Costa Rica, lo que ha decaído notablemente en los últimos tiempos, es el sentido cívico de todas las cosas. Ya muchos ciu-

dadanos se olvidan propiamente de su patria y aspiran a llegar a las cumbres por vanidad personal o por interés personal, pero ya se les ha ido de la mente a muchos lo que la patria significa.

Y, cabalmente, es bueno recordar a estos hombres como el general José María Cañas y don Juan Rafael Mora para tener un modelo de cómo deben ser los ciudadanos, pues en ellos, sobre sus propios intereses, conveniencias y afectos, estaba siempre el cariño inmenso a la patria.

El tema de Mora y Cañas es sumamente amplio. Porque sería ne-

Obregón Loría, Rafael.
Mora y Cañas: su vida y destino.
Comunicación, 2010.
año/vol. 19, EDICIÓN ESPECIAL.
Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 5-16
ISSN Impresa 0379-3974/ e-ISBN 0379-3974

PALABRAS CLAVE:

Juan Rafael Mora, José María Cañas, Moín, café, Campaña Nacional, filibusterismo, William Walker, José María Montealegre, Puntarenas, Costa Rica.

KEY WORDS:

Juan Rafael Mora, José María Cañas, Moín, coffee, National Campaign, filibusterism, William Walker, José María Montealegre, Puntarenas, Costa Rica.

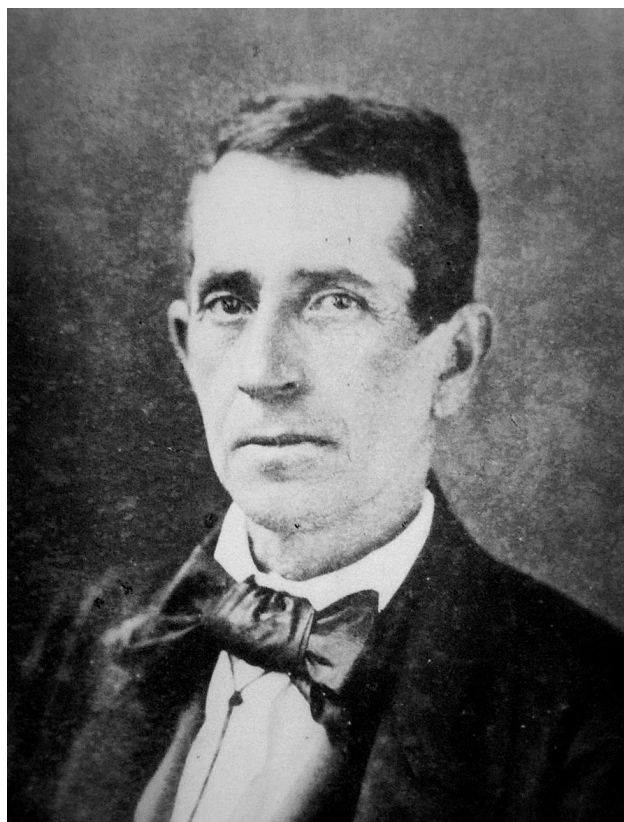
cesario hablar primero de uno y después del otro. Sin embargo, pues..., yo voy a ser tan audaz que voy a hablar de los dos, aunque sea así, por encima.

Yo creo que, aunque muy difícil, por otro lado la conversación se puede facilitar porque son dos hombres tan íntimamente unidos, que bien podemos intentar mencionarlos a los dos, uno al lado del otro; porque así vivieron y así murieron.

Una amistad íntima, admirable, ejemplar. Desde que Cañas llegó a nuestro país estuvo unido con Mora y no diremos que solo la muerte los separó, porque más bien los unió más íntimamente, y, desaparecidos ellos de este mundo terrenal, todos los costarricenses siguen mencionando a Mora y a Cañas, y continuarán citándolos mientras Costa Rica exista.

JOSÉ MARÍA CAÑAS ESCAMILLA

Del primero que voy a decir algunas cosas es de Cañas, unos pocos años mayor que don Juan Rafael, unos cinco años no completos.



El general José María Cañas Escamilla.
Fuente: Colección Fernando Leitón

Con respecto a Cañas, les diré que en un pueblo de El Salvador llamado Suchitoto vivía una dama de muy cla-

ros antecedentes, de una elevada posición social, que se llamaba doña Inés Escamilla. Esta señora era la viuda de don Juan José de Cañas y Óselo, español dice la partida, quien, desgraciadamente, había enviudado de manera muy prematura; no le duró mucho el matrimonio. Quedó viuda muy joven, con una niña nada más, llamada Francisca Cañas Escamilla.

Doña Inés era la dama distinguida y respetada en Suchitoto. Sucedió que un día de tantos, exactamente el 23 de setiembre de 1809, a las puertas de su casa apareció un niño que habían colocado allí, con una tarjeta que decía que no estaba bautizado y que era noble. Al día siguiente ella llevó al niño a bautizar a la iglesia de Suchitoto.

El párroco era el presbítero don José Marcelo Avilés. Le impuso los óleos, lo bautizó José María y redactó el acta de bautismo, en la que se lee: *"Suchitoto y setiembre 24 de 1809, yo don José Marcelo Avilés, cura propio de este beneficiado, bauticé solemnemente a José María, que nació ayer expuesto a las puertas de doña Inés Escamilla con cédula que decía no estar bautizado y que era noble. Fue su madrina la misma doña Inés a quien advertí la obligación y parentesco y lo firmo. José Marcelo Avilés"*.

De manera que la señora Escamilla se entusiasmó con el niño y le dio su inmenso cariño. Resultó que ese niño era hijo de su única hija, Francisca. Pero ella también tendría otros hijos, naturales todos; tenemos una constancia suscrita por don Rafael Cañas Mora, publicada en la Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica, que dice: *"El padre de toda esta familia de doña Francisca Cañas Escamilla fue el cura de Suchitoto, presbítero José Marcelo Avilés"*; don Rafael era hijo del general Cañas y sobrino del patricio don Juan Rafael, y un hombre de vida rectilínea, de trabajo y de servicio al país, que llegó a ocupar puestos también de responsabilidad a la par de sus labores muy personales.

Tal vez a alguien le sorprenda que un sacerdote pudiera tener una familia, pero esto fue frecuente en aquellos tiempos y, por cierto, algo que distinguió a algunas de esas familias de sacerdotes fue que se produjeron hijos notabilísimos. Tenemos como ejemplos al destacado presbítero Francisco Calvo, hijo del padre Juan de los Santos Madriz, una gran figura de la iglesia costarricense; también, hijo del padre Luis Soto, franciscano de Cartago, don Florencio del Castillo, que luego fue sacerdote eminente y famoso por sus actuaciones hasta en las Cortes de Cádiz, donde representaba a nuestra tierra.

Don José María Cañas tuvo varios hermanos, que se llamaron Francisco, Josefa, Manuel, Ana María, Eduviges, Ángela y Joaquín. Sus primeros años los pasó en Suchitoto; después se trasladó al centro de El Salvador y comenzó ya su vida activa, pública y política.

Era corriente en aquella época que los hombres, o muchos hombres, prestaran sus servicios en el campo militar. Y a muchos jóvenes les llamaba la atención esto. Lo que pasa es que en Centro América había grandes conmociones políticas. Había revoluciones, conspiraciones, golpes de Estado, derrocamientos de gobiernos continuamente, y guerras entre los estados centroamericanos. Algunos países no tenían ejércitos bien organizados. Guatemala tenía un ejército y El Salvador tenía otro. Cañas entró muy joven a servir al ejército, y se encariñó con esas lides. Pasó ahí bastante tiempo y tomó parte en muchas acciones.

Cañas fue unionista; era una tesis en boga en ese momento en Centro América. Vivía para entonces el hondureño Francisco Morazán, que propulsaba esa idea y que llegó a ser el jefe del gran partido unionista centroamericano. Y Cañas no solamente fue adherente, colaborador suyo, sino que llegó a ser amigo... y muy estimado del general Morazán. Más tarde, tenemos al general Cañas como actor en varios sucesos de carácter centroamericano antes de venir a nuestro país.

Pero a estas grandes figuras, como Morazán, a los grandes líderes y caudillos, no los ve siempre la suerte con los mismos ojos. Tienen épocas de gran apogeo, de grandes triunfos y luego épocas en que la vida los golpea duro. Eso le pasó a él.

El poder de Morazán terminó en Guatemala en 1838, cuando ocupaba por segunda vez la presidencia de Centro América y fue derrocado por las fuerzas que encabezaba don Rafael Carrera. Allí cayó el gobierno liberal de Guatemala, que permanecería en el suelo por años: porque no podrá recuperar otra vez el poder hasta 1871, cuando triunfa la revolución de Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios. Entonces, Morazán tuvo que salir huyendo de Guatemala. Casi lo fusila Carrera, que lo buscaba... con gran interés.

En su huida, llega el general a El Salvador. Allí lo reciben sus amigos. El partido unionista es fuerte en El Salvador, aclaman a Morazán y lo nombran Jefe de Estado. Organiza su gobierno y su ejército con sus amigos, pero la suerte no lo va a favorecer y es entonces cuando los ejércitos guatemaltecos deciden invadir y se le levanta una parte del pueblo a Morazán.

Este tiene que huir de El Salvador y se embarca en una goleta llamada *Izalco*, pero no se embarca solo: con Morazán lo hacen los hombres que han formado su gobierno y los que han dirigido su ejército. Allí viajan los generales de Morazán y sus ministros y entre ellos viene un capitán joven que se llama José María Cañas, persona ya muy conocida y a quien Morazán y los generales Gerardo Barrios –que fue íntimo amigo de Cañas–, y Trinidad Cabañas y otros hombres de gran renombre, estiman mucho.

Se embarcan rumbo al sur. No saben adónde van a ir; a algún lugar que les abra las puertas. En abril de 1840 esa goleta llega a Puntarenas. Gobierno Costa Rica un gran hombre, que se llamó Braulio Carrillo, eminente, a quien Costa Rica le debe mucho. Este no ve con simpatía la política del gobierno unionista de Morazán, pues considera que la Federación ha fallado en todo, que la República Federal ha sido un desastre y que la situación de esta república había decaído en la anarquía. Carrillo no quiere que estas gentes entren y se queden en Costa Rica.

En los Archivos Nacionales está la lista de las personas que venían en la goleta *Izalco*, así como la firma de Carrillo, por la cual les niega la entrada a Costa Rica. Pero Carrillo hace una excepción, y dice: no pueden entrar ni mantenerse en este país, y tienen que irse ya Morazán y el ministro Manuel Irungaray y Vigil, y sigue dando nombres. A estos no los admite de ninguna manera. Admite un grupo por si quiere estar por breve tiempo para que busquen nuevos horizontes y se vayan. Y Carrillo hace tres excepciones, apenas tres entre 36 personas: permitió que se quedaran en Costa Rica General Carlos Salazar, que había sido Jefe del Estado de El Salvador, quien permanecería en nuestro país hasta su muerte, años más tarde; así como don Felipe Molina, ciudadano guatemalteco que después le va a servir mucho a la República, representándonos en Europa y los EE.UU.; y también le permitió quedarse al capitán José María Cañas. Las razones no las conocemos, pero no son de aquel grupo que iba buscando una tierra dónde quedarse. Los demás siguieron rumbo al sur y van a dar a la ciudad de David, que pertenecía a la república de Nueva Granada, porque Panamá era simplemente una provincia de Colombia, que llevaba ese nombre.

De manera que tenemos aquí, a partir de abril de 1840, a Cañas, que se relaciona con el gobierno de Carrillo. A este, que le debemos mucho, se le presentaba un problema serio; nosotros tenemos un puerto, podemos decir insignificante, como el puerto de Moín, que era un caserío muy pequeño, con unos cuantos ranchos pajizos, a la orilla del mar; ese era nuestro puerto en la zona atlántica, nuestro principal puerto. Allí el gobierno destacaba una autoridad militar siempre. Cambiaban las autoridades militares. Pasaron por ahí varias. Pero en este momento, en 1841, Carrillo necesitaba un hombre especial, porque había un grave peligro. En la zona atlántica de Nicaragua se había desarrollado un pueblo llamado “de los moscos” o zambos mosquitos, que eran descendientes de indios cruzados con negros; era un pueblo indómito, muy difícil de manejar, muy revoltoso, muy molesto en todo sentido.

Pues, como había intereses tanto de los EE.UU. como de Inglaterra sobre Nicaragua, con el proyecto de la construcción de un canal –que era una idea muy antigua–, que se lo disputaban estas dos grandes potencias, entonces las autoridades de Jamaica, que pertenecía des-

de esos tiempos a Inglaterra, escogieron un indio en el reino mosquitio, lo coronaron y lo hicieron rey, y entonces Inglaterra nombró un cónsul ante el rey de la Mosquitia. Este cónsul manejaba la Mosquitia y a su gobierno, e hizo públicas las pretensiones que ese reino tenía sobre toda la costa atlántica de Centro América, y sobre todo la de Costa Rica. Este gobierno mosquitio exigió que nuestro gobierno le pagara tributos. Por temor, en alguna oportunidad se le pagaron tributos, pero Carrillo no era de los que se dejaba manejar por un indio coronado; y entonces se negó a que se pagaran más tributos. Claro que el rey mosquito hizo un escándalo y amenazó diciendo que el aliado del reino mosquito era el reino de la Gran Bretaña.

Famosa es la respuesta de Carrillo, quien se dirigió entonces al superintendente de la colonia inglesa de Belice, don Alexander McDonald, que era una autoridad que influía sobre el gobierno mosquitio, en la que le contestó una carta que este comisionado, agregándose a las pretensiones del gobierno de Mosquitia, le había enviado al presidente de Costa Rica y en la que le dijo a Carrillo que tuviera cuidado con el gobierno del reino mosquito porque el gobierno de la Gran Bretaña era su aliado.

Carrillo le contestó diciendo que Costa Rica no pretendía apropiarse ni ocupar un territorio ajeno, sino tan solo conservar lo suyo; que esta era la primera noticia cierta que tenía de la alianza de sus majestades británicas y la mosquitia, porque aun cuando así lo habían dicho ya personas interesadas en la costa de Moín, no podía concebirse que la dignidad de la reina de la Gran Bretaña se prestara a tratar con un pueblo sin relaciones políticas, sin prestigio ni poder; que, tal vez, lo había tomado el gobierno bajo su protección para salvarlo de la barbarie y hacerlo útil a sí mismo y a los demás, más no para despojar a Costa Rica y a los estados vecinos; porque si lo primero era digno de una gran nación, lo segundo iría en mengua de su fama y de la real magnanimidad de su soberana.

El historiador don Ricardo Fernández Guardia dice: *“La respuesta era digna de Carrillo, y no es remoto que abochornara a los funcionarios ingleses que la leyeron”*. Y, como Carrillo no solía hablar en vano, mandó una guarnición a Moín a las órdenes del capitán Cañas, quien llevaba instrucciones terminantes de repeler con las armas cualquier agresión de los mosquitos o de los ingleses. Y por un momento se creyó que el conflicto era inevitable.

Allí, en Moín, Cañas permanecería cerca de tres largos años, viniendo al interior del país muy pocas veces. En un sitio inhóspito y peligroso, donde eran endémicas la fiebre amarilla, la fiebre de aguas negras y las fiebres violentas, pasó él tan largo tiempo y, afortunadamente, se salvó de esos peligros. Después de servir al país en esa zona, es trasladado a Cartago, un lugar bueno, de clima

superior, con gentes tratables, más distinguidas y no lejos de la capital.

Cañas empieza a viajar a la capital. Tenía una personalidad tan notable, que se conectó en San José con las personas de mayor influencia política, económica y social, una de las cuales fue don Juan Rafael Mora. Desde que se conocieron, se comprendieron, y mantendrían una amistad íntima y ejemplar. En uno de sus viajes él visita la casa de don Juan Rafael y allí comienza su noviazgo con su hermana Guadalupe, a quien llamaban Lupita.

Cañas era una persona muy sociable. Se siente solo, porque aquí no tiene familia; posteriormente vinieron dos hermanos y un cuñado, pero esto sería más tarde. Aunque estaba solo, la gente lo apreciaba mucho, porque caía bien a todo el mundo por su don de gentes y su conversación interesante, además de ser sumamente simpático, bondadoso y generoso, lo cual aumentó en mucho el número de sus relaciones.

Se enamoró de Lupita Mora y decidió casarse, contrayendo nupcias el 6 de diciembre de 1843. Fundó una familia muy notable, procreando a Francisco, Mercedes, Rosalía, Elena, José María, Ángela, Ana María, Rafael, Juan José y Adela. Así se completaba su felicidad, con seres muy queridos que viven con él, además de sus amigos, entre los que sobresalía don Juan Rafael. Otra hermana de este, Ana María, estaba casada con el Dr. José María Montealegre, quien era un capitalista, una figura notable en el campo económico del país y quien va a ser en esa época gran amigo de Cañas.

Don Juan Rafael va a casar años más tarde, en 1847. Él, que era una persona muy ordenada, apenas ha contraído matrimonio, redacta un testamento, en el que se percibe su gran cariño, aprecio y amistad hacia Cañas. En el punto cuarto, en la cláusula cuarta del testamento, dice que nombra a su esposa como tutora legítima de los hijos que puedan tener, y agrega: *“Y usando el derecho que me confiere la ley le nombro por asociado al señor José María Cañas, mi hermano político, comerciante, hijo del Estado del Salvador”*. Asimismo, en la cláusula 13 dice: *“nombro por mi albacea a mi ya dicha esposa Inés Aguilar y en su falta al señor don José María Cañas, mi hermano político”*.

Y recordemos que don Juan Rafael tenía otros hermanos y cuñados, que también estimaba mucho, pero entre todos escoge a Cañas, porque la amistad entre ellos fue íntima desde el primer momento. Realmente, pues, no se veían como cuñados, sino como verdaderos hermanos.

De Cartago, en 1844 Cañas es trasladado al cargo de administrador en la Aduana de Puntarenas. Allí comienza sus actividades, pero realmente él ve que el estímulo es poco. Gana 50 pesos menos y tiene molestias, pues hay gente que reclama ahí cosas de la Aduana. Decide

renunciar, pero el gobierno se niega a aceptarle la renuncia. Esta renuncia la presenta tres veces, hasta que al fin el gobierno se la acepta, y entonces Cañas se dice a sí mismo: “*Me quedo en Puntarenas, que es un campo interesante para los negocios, y voy a dedicarme a los negocios personales*”.

Allí instala un comercio de abarrotos y telas, y también obtiene la representación de una casa extranjera de licores finos, que él va a distribuir. Se asocia en negocios de exportación de café con su cuñado Juan Rafael y su concuño José María, así como con su hermano Manuel, porque al año se intensifica más la exportación de café a Europa, que es un mercado importantísimo que se ha abierto. El principal exportador durante un tiempo fue don Juan Rafael. El único camino bueno, transitable, era de San José a Puntarenas, de manera que el café había que embarcarlo todo en Puntarenas. Cañas estaba situado en un lugar estratégico y, además de ser muy apreciado por la gente local, conocía muy bien el ambiente del puerto y ya tenía intereses allí. Sus dos parientes prácticamente lo hicieron socio en sus negocios de exportación de café. Montealegre establece en Puntarenas una empresa en sociedad con él, llamada la Casa Cañas y Montealegre, que va a funcionar allí durante un tiempo, y que no se dedica solamente a la exportación de café, sino que también trae productos del exterior.

Pero Cañas es un exportador múltiple. No descansa un momento. Aprovecha todo el tiempo; es hombre de iniciativa. No le bastan los grandes negocios en que está involucrado en exportación de café con sus familiares y su casa de comercio, sino que compra un terreno al otro lado del golfo de Nicoya y forma una hacienda que va a ser muy importante, llamada Hacienda Lepanto, en la cual tendrá principalmente caña de azúcar, plátanos y madera. Se convertirá en uno de los agricultores y empresarios de Costa Rica que por primera vez traen maquinaria para meterla en una finca.

Y, no contento con esas cosas, compra un barco de vela que llama *El Chambón*, y decide que ese barco visite los puertos centroamericanos; va a estar subiendo, yendo al norte, y bajando al sur, continuamente. Hizo continuos viajes. Las gentes de los puertos de El Realejo, La Libertad, La Unión y San José de Guatemala se fueron haciendo amigas de Cañas. Después el barco fue manejado por su hermano Joaquín, que era el capitán; este estuvo en eso una larga temporada, pero después se hace sacerdote y se radica en El Salvador.

En *El Chambón* viajaron los estudiantes costarricenses que fueron a estudiar Derecho a Guatemala, y en él también regresaron. Entre ellos figuraban don Julián Volio, don Juan José Ulloa, don José Antonio Pinto y don Aniceto Esquivel. También en ese barco vino al país el Dr. Lorenzo Montúfar, exilado político de Guatemala.

Así que las actividades de Cañas fueron múltiples. Se distinguió, pues, como un hombre de empresa de gran inteligencia y mucho espíritu de servicio, por lo que el gobierno quiere atraerlo hacia San José. Lo insta mucho.

Al final del segundo gobierno de don José María Alfaro, acepta por un tiempo el cargo de Intendente General del Estado. En ese gobierno, el Ministro General –el que manejaba todo– era un joven político llamado José María Castro Madriz, y este se hizo íntimo de Cañas y de don Juan Rafael Mora, y ellos le correspondieron en sus afectos. Durante un tiempo fueron íntimos amigos.

Desgraciadamente, la política nuestra es tan apasionada que, así como une a los hombres, también los separa, por lo que unos años más tarde van a ser adversarios políticos. Pero en ese momento son tan íntimos, y el Dr. Castro aprecia tanto a Cañas, que él fue el que insistió en que desempeñara el cargo de Intendente.

Luego Castro llega a la presidencia del Estado –que después va a ser presidencia de la República–, y Cañas va a ser un colaborador muy importante; lo nombra Ministro de Hacienda y Guerra. Le encarga una gestión diplomática importantísima para la época, porque en octubre y noviembre de 1848 se pusieron tan difíciles las relaciones entre Costa Rica y Nicaragua que había amenaza de guerra.

El gobierno de Costa Rica estaba muy preocupado y se sospechaba que el gobierno de Nicaragua iba a solicitar la ayuda al de El Salvador. Ante esto, Castro ideó algo muy original y especial, que fue exhumar los huesos de Morazán, que había sido fusilado y enterrado en Costa Rica, y enviar esos restos a El Salvador. Pero, ¿quién iba a llevarlos? Tenía que ser una persona que conociera muy bien a todas las gentes de esos lugares. Por tanto, Cañas fue nombrado Ministro Plenipotenciario y fue en 1849 a llevar los restos del caudillo unionista, que tanto admiraban en El Salvador. Él los entregó allá, con lo que ganó muchas simpatías y comprometió al gobierno de El Salvador, que ya desde ese momento dijo que no ayudaría a Nicaragua en su intento contra Costa Rica. Después Cañas visita Guatemala, con el mismo cargo de Ministro Plenipotenciario, y finalmente hace un viaje a Honduras.

Cuando Castro cae, el 16 de noviembre de 1849, Cañas aún funge como Ministro de Hacienda y Guerra. Su sucesor es don Juan Rafael Mora, por lo que Cañas continúa en su puesto, pero a mediados de 1850, su cuñado decide que Cañas debe volver a Puntarenas, donde lo nombra Gobernador y Comandante de Puerto.

Allí realizaría una labor destacadísima: el hospital local fue fundado por él, el faro que distinguía el puerto fue levantado por gestiones suyas, arregló las calles e impulsó con vigor el progreso de Puntarenas. Los locales

quisieron a Cañas como a ninguno y, estando él presente, le levantaron un monumento en la plaza central, que era un obelisco de madera al cual le pusieron una gran leyenda en su honor; se cuenta con un dibujo de dicho monumento gracias a un viajero extranjero que llegó al país e hizo un relato interesante al respecto.

Cañas estará allí hasta 1855, cuando viene la amenaza filibustera y don Juan Rafael lo nombra Comandante del Departamento de Moracia, que era el nombre que tenía Guanacaste entonces. Don Juan Rafael, con esa intuición que le fue característica, preveía que sobrevendría una gran tragedia próximamente y por ello quería tener a Cañas en Guanacaste para sacar de allí tropas en el momento que se necesitara.

JUAN RAFAEL MORA PORRAS

Ahora me referiré a don Juan Rafael, para vincular a ambos. Él era de San José, nacido el 8 de febrero de 1814. Hijo de don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras, fue llevado a la pila de bautismo por don José Rafael de Gallegos y su primera esposa, doña Teresa Ramó, de manera que su padrino fue nuestro segundo Jefe de Estado.

Don Juan Rafael era el hermano mayor de una familia más o menos numerosa. Había dos varones más, Miguel y José Joaquín, más seis mujeres: Ana María, Heliodora, Rosa, Guadalupe, Virginia y Juana. Como hijo mayor, se hace muy responsable desde que es adolescente. Es el principal colaborador de su padre, quien es comerciante y agricultor, y está metido en empresas grandes. Se convierte en su mano derecha.

Muere la madre en 1833 y tres años más tarde don Camilo. Se encuentra entonces la familia huérfana, y don Juan Rafael con grandes responsabilidades. Una de sus características es el cariño a su familia. Generoso con toda la gente, lo era más con sus hermanos. Se convierte en el segundo padre de sus hermanos y hermanas, quienes lo llegan a venerar, porque veían en él al padre que habían perdido.

Decide entonces trabajar intensamente para mantener su familia, que ha quedado en pésima condición económica. A los comerciantes y empresarios les sucede que tienen épocas difíciles. En el momento en que don Camilo enfermó, su situación económica era mala, de manera que cuando muere sus acreedores están pensando ya en cómo subastar la tienda que tiene cerca de la Plaza Mayor, así como la finca que tiene por el lado de Pavas, más la casa de la familia.

Don Juan Rafael se enfrenta a ellos y les dice que esas deudas son sagradas para él, por ser las de su padre, y les ofrece pagar hasta el último centavo, pero que le den la oportunidad. Los acreedores aceptan su oferta, por cierto



El presidente Juan Rafael Mora Porras.
Óleo sobre tela de Gonzalo Morales (padre).
Fuente: La Tribuna (1929).

con una garantía de don José Rafael Gallegos. Trabaja en la tienda, en el comercio, en la calle, toma su caballo y se va para Pavas para levantar la finca, dirigir los peones, en fin, a levantar la hacienda. La suerte lo ayuda, y entonces va formando su capital, que va creciendo gracias a su propio esfuerzo. No solo paga las deudas, sino que mantiene a toda la familia y luego forma su capital, que más adelante sería uno de los más fuertes en Costa Rica.

Una hermana de él quedó viuda muy jovencita, y él adopta a sus tres hijos, Manuel, David y Dorila Argüello, quienes se convertirán en hijos suyos. En medio de todas esas responsabilidades, se mantiene soltero, porque él dice que no puede casarse, pues tiene enormes deberes, y que más adelante habrá oportunidad de hacerlo. De estos sobrinos, David murió muy niño.

Sus negocios van prosperando. Su comercio tiene gran prestigio en la capital. La finca de Pavas crece, no solamente en territorio, porque compra y le agrega tierras vecinas, sino también porque crece en lo que produce, que es café de primera calidad. Compra una finca en Los Ojos de Agua, en San Rafael de Alajuela, que dedica principal-

mente al ganado, aunque también a la caña de azúcar. Además, tiene varias casas en San José.

Para facilitar su negocio de exportación de café, realiza viajes a Panamá, Perú, Chile y Jamaica, llega a EE.UU. y hace un viaje a Francia. En cuestión de negocios, todo le irá muy bien, se convierte en un hombre sumamente rico.

Hay una persona de un gran capital y mucho talento, llamado don Vicente Aguilar. Como ve que don Juan Rafael es un hombre tan entendido en negocios y de tanto prestigio, le propone una sociedad y fundan la Casa Aguilar y Mora, que llegaría a ser la más fuerte de San José y con una sucursal en Puntarenas. Ellos son los principales exportadores de café.

Para entonces el café ha causado una enorme revolución social en el país, porque estos exportadores –ellos y los demás– deciden invertir el dinero que les produce la exportación del café para traer enseres que el país no produce: esas casas importan de todo. El barco del capitán William Le Lacheur llevaba el café a Inglaterra, pero volvía cargado de múltiples cosas que estos establecimientos vendían aquí.

Traen muebles de toda clase: de dormitorio, de comedor, de sala; cuadros, lámparas; bueno..., todo lo que tiene que ver con la casa. Traen un montón de enseres que se necesitaban en el país. Traen ropa y así vemos que los hombres de San José y de las principales ciudades ya aparecen vistiendo igual a los “gentlemen” de Inglaterra, con vestidos como los que usan los jóvenes ingleses, y de las damas... ni se diga: vestidos de mujeres, se puede decir que iguales a los de las niñas y señoras de Londres y París.

De manera que la casa Aguilar y Mora es sumamente fuerte. Pero después hubo desacuerdo entre ambos. Se disolvió la sociedad y don Vicente se convirtió tal vez en el principal enemigo político de don Juan Rafael.

Entonces se invita a don Juan Rafael a entrar en la política. ¿Quién lo mete en la política? Su amigo el Dr. Castro. Este es ministro y hombre de gran influencia en la política, porque se ha dedicado casi solo a eso, aunque también se dedicó a cultivar una hacienda grande de café. Castro invita a don Juan Rafael para que acepte el cargo de diputado, y en 1846 tenemos a este de diputado. Tal vez no le gustó mucho, porque su permanencia en el Congreso fue breve: apenas por ese año. Viene la Asamblea Constituyente de 1847 y don Juan Rafael es nombrado diputado por San José. Es uno de los que firmó la Constitución Política de 1847. Después de eso se retira de las labores legislativas.

Castro quiere atraerlo, pero don Juan Rafael está metido en grandes negocios. Sin embargo, lo complace. Cas-

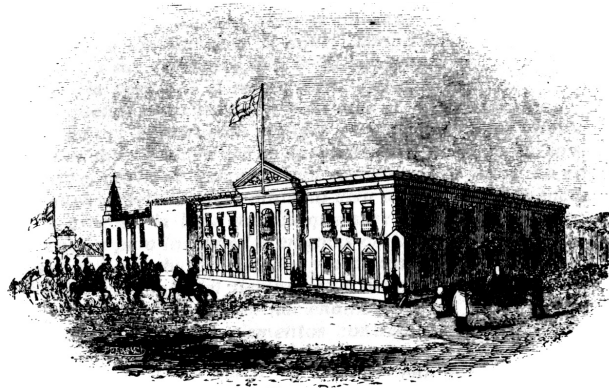
tro es vicejefe de Estado y don José María Alfaro tiene que retirarse del poder, por razones personales, durante dos semanas, del 1° al 15 de diciembre de 1846. Entonces Castro lo llama para que desempeñe el Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación, que estaba a cargo suyo. Ahí se va dando a conocer don Juan Rafael en el campo de la política, para lo cual mostraría después grandes capacidades.

Al gobierno de Castro se le presentan problemas serios en 1847, por lo que el vicepresidente Alfaro tiene que renunciar. Castro se empeña en que los diputados nombren vicepresidente de Estado a don Juan Rafael, quien aceptó el cargo; incluso en dos oportunidades ejerció el poder, ante la ausencia temporal de Castro.

El 7 de junio de 1847 contrae matrimonio con doña Inés Aguilar Cueto: él de 33 y ella de apenas 17 años de edad. Procrearían 7 hijos: Elena, Teresa, Alberto, Amelia, Juan de Dios, Camilo y Juanita.

Dos años después, el 16 de noviembre de 1849, se acaba el gobierno de Castro: en esa fecha el Congreso acepta su renuncia y el mismo Congreso nombra a don Juan Rafael para que se haga cargo del poder. Pocos días después, el Congreso convoca a elecciones y Mora es elegido presidente de la República. Para entonces tiene 35 años de edad. Nótese que, siendo un hombre bastante joven, ya tiene una brillante hoja de vida.

Hablar de las administraciones de don Juan Rafael sería extenso, porque fue elegido para completar la administración de Castro, que terminaba en mayo de 1853, y reelegido de 1853 a 1859; de acuerdo con la Carta Fundamental de la época, el período presidencial era de seis años. Además, en 1859 sería reelegido para un tercer período. Tal vez fue un error de él aceptar eso, porque había fuertes intereses de otros grupos que querían el poder, y claro que no les gustaba que estuviera gobernando el país por tanto tiempo.



El Palacio Nacional, donde hoy está el Banco Central.
Fuente: Archivos MHCJS. Dibujo de Ramón Páez (1858),
en Fernández Guardia (1985).

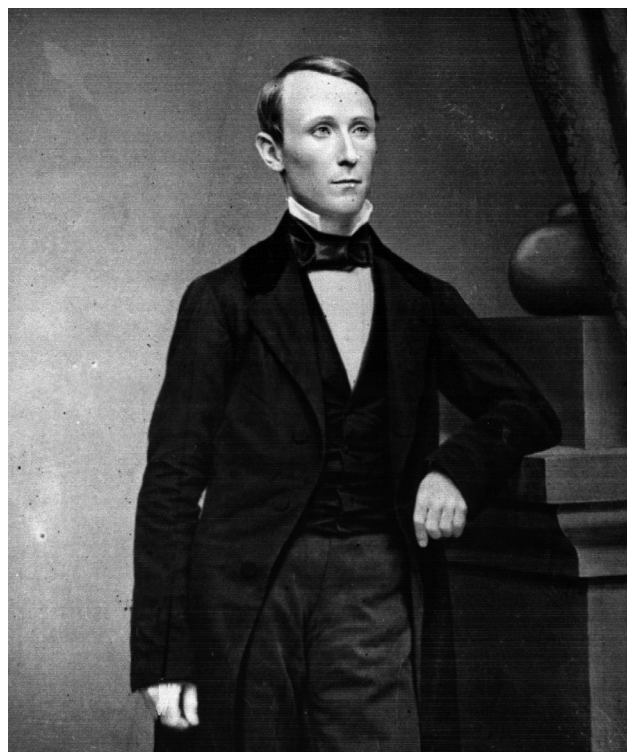
Sin referirme a sus administraciones, que fueron de tanto progreso, sí destacaré que el acontecimiento más trascendental que ocurrió durante su gobierno fue la guerra contra los filibusteros. En esto, que no vamos a relatar en detalle porque sería un tema largo de tratar, deseo resaltar la visión de don Juan Rafael.

Los filibusteros habían invadido Nicaragua. No llegaron ahí por su propio gusto o por su iniciativa personal: fueron llamados por los nicaragüenses, porque su país estaba azotado por la rivalidad de dos partidos, el Conservador y el Liberal, cosa que ha ocurrido en muchos otros países de América Latina. En Costa Rica nunca hubo ni lo uno ni lo otro; estos partidos siempre se han disputado el poder en los países donde se han organizado, y han propiciado revoluciones y guerras civiles. En Nicaragua sucedió eso. Desde el año 1854 comenzó ahí una guerra civil, que se hizo muy seria. Ambos partidos eran más o menos del mismo tamaño y el mismo poder, con su asiento en las ciudades de Granada y León, respectivamente. Un día la lucha la ganaba uno y otro día el otro, y la situación continuaba así, sin trazas de terminar.

Aparece en Nicaragua, no sabemos ni por qué, un norteamericano llamado Byron Cole, que andaba tomando notas periodísticas. Él conversa con los de León y les dice que les puede traer un grupo de hombres, bien equipados, bien armados, que los ayuden para que resuelvan ese problema, liquidando a los adversarios. Este grupo cometió el error de suscribir un contrato con Cole. Entre ellos estuvo el general Máximo Jerez, quien después sería uno de los que más se distinguirían en combatir a los filibusteros. Cole se va a California, se encuentra con un aventurero llamado William Walker, le pasa el contrato y Walker se viene a Nicaragua en 1855 con el primer grupo de filibusteros, que él llamó la Falange.

Hay un lema que conocían los filósofos de la antigüedad, que dice "divide y vencerás". Walker encontró aquel país dividido, con grandes odios y rencores. Él, que era muy inteligente, así como muy ambicioso, pensó que con un poco de habilidad se podría apoderar del país, lo cual hizo con mucha facilidad. Pero su ambición era muy grande y, después de dominar Nicaragua, pensó en hacerlo mismo con toda Centro América. Se trataba de territorios pequeños, desorganizados, que no tenían ejércitos fuertes, por lo que era fácil tomarlos. Entonces comenzó a preparar su trabajo próximo, que era dominar estos territorios.

Los centroamericanos estaban dormidos. Los nicaragüenses cayeron fácilmente y no hicieron ninguna oposición, y durante un tiempo más bien cooperaron con Walker. Los demás centroamericanos no se dieron cuenta del peligro. No hubo en ese momento más que un hombre en toda Centro América que vio con claridad el peligro, y ese hombre fue don Juan Rafael Mora.



El jefe filibustero William Walker. Fuente: Archivos MHCJS.

Él adivinó que ese grupo de filibusteros, que ya había hecho sus correrías en otros lugares –favorecido por la política que existía en los EE.UU., que tal vez no era general pero sí de un gran sector, para tratar de dominar todos estos pueblos pequeños–, representaba el mayor peligro en nuestra historia. Es en este momento que empieza sus gestiones para tratar de neutralizarlos y expulsarlos de Centro América.

Pero Costa Rica es pequeña y no tiene un gran ejército; aquí la gente labora los campos. Por tanto, él ve difícil enfrentarse a los filibusteros, por lo que contacta a los gobiernos centroamericanos y los compromete: el de Guatemala se puso seriamente de acuerdo con él para atacar a los filibusteros y también el de El Salvador. Tenía la seguridad absoluta de que si él invadía Nicaragua por el sur, estos lo harían por la frontera norte o por la costa del Pacífico. Estaba muy seguro de ello. Además, él era amante de la libertad y pensaba que si los nicaragüenses en ese momento estaban dóciles y callados era por temor, pero que cuando vieran que allí se les presentaban los ejércitos de países hermanos, se iban a levantar y a luchar contra los filibusteros.

Ante estas circunstancias, don Juan Rafael prepara el país para la guerra. Ustedes las conocen, porque son de las páginas más lindas de nuestra historia. Él prepara el espíritu del pueblo costarricense y de esta "partida de ovejas", como decía un escritor, va a sacar una "partida

de leones”, porque el costarricense pacífico, el labriego sencillo, se va a convertir en un soldado denodado, porque no hay nada como el ejemplo. A un caudillo valiente, sus hombres lo siguen y lo imitan.

Entonces don Juan Rafael lleva su ejército hacia el norte y obtiene el primer triunfo en Santa Rosa, que es un triunfo magnífico. No digamos desde el punto de vista militar –que sí lo fue–, sino un combate rápido, de apenas 14 minutos, en que los filibusteros que estaban allí salieron huyendo. Pero no es eso lo principal. Lo principal es que levantó el ánimo, el espíritu y el entusiasmo de los costarricenses, porque se habían oído hablar tantas cosas aquí del poder de los filibusteros que, cuando los nuestros los vieron correr en las tierras de Guanacaste huyendo, se dijeron: “*pues estos no eran tan fieros como los pintaban*”, y entonces aumentó su entusiasmo, y siguieron hasta la frontera norte.

Al llegar a la frontera, don Juan Rafael, que iba lleno de ilusiones por el apoyo de los demás, lanza su proclama a los nicaragüenses, cuando cruza el río Sapoa. Se llama la “proclama de Sapoa”, y en ella llama a los nicaragüenses a las armas, diciéndoles que él ha escuchado su llamado y que viene a ayudarlos y a pelear por devolverles la libertad.

Pero lo grande, lo hermoso, lo extraordinario en esta empresa de don Juan Rafael es el significado de la guerra. Él no va a pelear por tierras ni tesoros, como hacía Napoleón Bonaparte. Él va a pelear por la libertad y, más que por la libertad de su país, por la de un país hermano; va a pelear para que le den a Nicaragua y a los nicaragüenses la libertad que han perdido. Por eso la guerra emprendida por don Juan Rafael es una guerra grande, enorme, idealista, una “guerra santa”, que indudablemente tenía que conducir al triunfo.

Llega el ejército costarricense a la ciudad de Rivas, que está desocupada porque los filibusteros que estaban allí se habían ido hacía dos o tres días. Entonces don Juan Rafael se da cuenta de algo que lo que lo entristece: no aparecen por ningún lado los ejércitos de Guatemala ni El Salvador, ya que habían cambiado de opinión.

Hay un documento de don Juan Rafael que dice que el convenio con Guatemala era tan serio, que tenían que apresurarse para llegar de primeros. Pero, al llegar, el ejército costarricense se encontró completamente solo: no llegaron los ejércitos de los países hermanos, ni se levantaron los nicaragüenses tampoco, por el momento. Entonces, viene la lucha de Rivas, donde hay grandes actos de heroísmo, donde aparece el soldado Juan Santamaría y hay gestos notables del general Cañas en este combate, que va a durar todo el día 11 de abril. Es muy sangriento y con muchas bajas, pero los resultados son buenos, porque los filibusteros tienen que abandonar Rivas. Esto es así, por encima, sin entrar en detalles.

El triunfo va acompañando al ejército costarricense. Don Juan Rafael encuentra que ha sido justificada su empresa. Pero, desgraciadamente, aparece algo que lo va a detener y que lo va a echar atrás: la epidemia del cólera. Inmediatamente empiezan a aparecer los casos del cólera, gravísimos. El cólera no se podía combatir, porque ni siquiera sabían los hombres en ese momento qué era lo que lo producía.

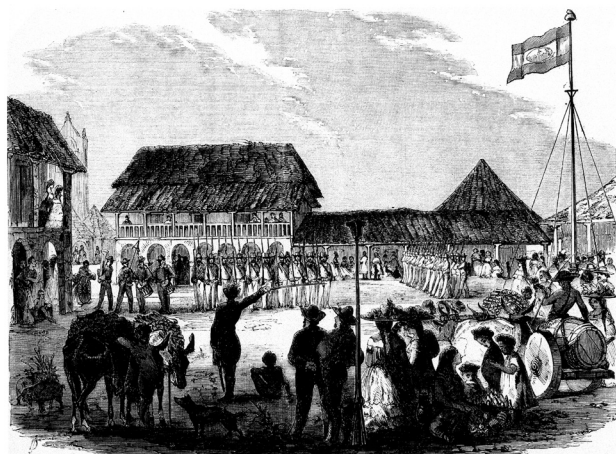
Pensaban que era algo que infectaba la atmósfera y entonces se da la orden de regreso al ejército costarricense, para huir de los aires de Nicaragua, que se cree que están viciados. Pero no hay nada que se contagie tanto como el pánico, y entonces crece el terror a la epidemia, que empieza a matar gente. El ejército emprende su marcha hacia Costa Rica, pero son apenas 2000 hombres a la orden del coronel Lorenzo Salazar, que va adelante; atrás viene, de último y con los últimos, el general Cañas.

El Estado Mayor se trasladó a Liberia y va a esperar el ejército ahí, pero la marcha del ejército es lenta. Movilizar 2000 hombres, unos de manera apresurada, otros lo más rápido que pueden, y otros ya no pueden porque están enfermos; van cayendo en el camino en gran número. Entre los oficiales que vienen con ellos, alentándolos, se distingue el general Cañas. A muchos los juntan muertos y los medio entierran a orillas del camino. El Dr. Andrés Sáenz Llorente y el capellán Francisco Calvo no abandonan a los soldados. Vienen con ellos, y es una marcha trágica, porque de aquellos 2000 hombres que salieron de Rivas, llegaron apenas 800 hombres a Sapoa, pues los demás quedaron en el camino. Y cuando llegaron a Liberia, eran apenas 400 hombres.

Esos soldados propagan la enfermedad en el centro del país. La población de Costa Rica en esa época era de 100.000 habitantes y por la peste murieron 10.000 personas. No ha habido cosa más terrible en este aspecto en la historia de nuestro país. Después cesa la epidemia del cólera, no sabemos bien por qué, ya que no se le pudo combatir bien; simplemente cesó.

El país estaba en una situación tremenda, con las consecuencias de la guerra y del cólera, y viene algo extraordinario por parte de don Juan Rafael, que lo describe maravillosamente como un verdadero caudillo, como líder del pueblo costarricense. Ante esas circunstancias, en que el pueblo ha perdido gente en la guerra, en que han venido muchos problemas como consecuencia de la guerra, en que han muerto 10.000 personas, él tiene tal poder sobre el pueblo costarricense que logra volverlo a organizar para iniciar la segunda campaña, que va a ser definitiva.

Yo siempre me pregunto: ¿cómo hizo don Juan Rafael, después de todas esas tragedias, para convencer a los costarricenses para que volvieran a la guerra?



Walker pasando revista a sus tropas en la plaza principal de Granada, Nicaragua. Fuente: Archivos MHCJS. Frank Leslie's Illustrated Newspaper (21-6-56).

Los costarricenses organizan muy bien esta segunda Campaña. Durante el tiempo anterior habían peleado con verdadero heroísmo, con mucha valentía, pero su sacrificio era bastante inútil porque los filibusteros recibían ayuda, hombres, armas y dinero por el río San Juan. Por tanto, el plan militar de don Juan Rafael Mora es tomar el río. Viene la empresa heroica de la toma del río, que es fantástica. Es una aventura que entusiasma, hecha con mucha audacia y Costa Rica logra darle el golpe de muerte a los filibusteros. Desde ese momento se acabó el poder de Walkery poco después se acaba el peligro.

Estos son así, a grandes rasgos, los grandes méritos de Mora y Cañas.

En 1860, don Juan Rafael es víctima de un golpe de Estado y es expulsado del país. En el decreto respectivo se dice que se le expulsa junto con el general Cañas, y se agrega el nombre del joven abogado Manuel Argüello Mora, sobrino predilecto de don Juan Rafael; era un muchacho muy inteligente, que lo ayudaba mucho y le tenían odio porque le redactaba muchos documentos y discutía muchas cosas con don Juan Rafael. Por disposición del gobierno fueron expulsados otros, porque ya en Puntarenas estaba su hermano José Joaquín, más tarde estuvo don Miguel Mora y después salieron otros moristas; también en Puntarenas estaba don Rafael García Escalante que era el vicepresidente de la República.

De ellos, la mayoría va a El Salvador, donde gobierna el general Gerardo Barrios, quien quiere a Cañas como a un hermano; de hecho, hay cartas suyas en que llama a Cañas "*mi querido hermano*". Lo quiere tanto que, apenas llega Cañas allí, lo nombra Comandante en Jefe del ejército salvadoreño. Lo acoge junto con don Juan Rafael, en quien sigue viendo al presidente de Costa Rica. Entonces ambos viven su temporada en El Salvador, donde se les debe agradecer que impulsaran el cultivo del café: ellos

enseñaron a los salvadoreños a sembrar café y a trabajar el café, y los ayudaron en otras cosas, también.

No hablaremos de eso ahora, sino del último capítulo de la vida de ambos, que en Costa Rica tenían sus seguidores, sus partidarios fervientes. Estos hombres, sin consultarles, porque en aquel entonces las comunicaciones eran muy difíciles, planearon una "gran revolución", según ellos. Consistía en tomar el cuartel de Puntarenas, hacerse fuertes en ahí, y esperar la llegada de Mora y Cañas. Ese es el plan que concibieron y, como había un barco que recorría los puertos del Pacífico centroamericano, le enviaron una carta a ambos diciéndoles que el 15 de setiembre tomarían el cuartel de Puntarenas y que ellos tenían que estar allí; si no, sus partidarios se exponían a ser sacrificados. Esa carta se ha reproducido varias veces.

Entonces don Juan Rafael y Cañas resolvieron que no había más remedio que embarcarse, porque el citado barco llegaba a San José de Guatemala y se devolvía hacia el sur. Así, el 17 de setiembre desembarcaron en Puntarenas ellos dos, junto con don José Joaquín Mora, don Manuel Argüello y don Francisco Sáenz.

Allí comienza aquella empresa desgraciada de Puntarenas, que tuvo tan malos resultados. Lo más trágico de todo esto fue que el gobierno se había enterado de todos los detalles de la revolución porque, como decía don Manuel Argüello, siempre hay un Judas. Uno de esos moristas, enterado de todos los detalles, se dirigió al Ministro de Hacienda y Guerra, que era don Vicente Aguilar, enemigo tanto político como personal de don Juan Rafael, y le comunicó todos los detalles del plan.

Entonces el gobierno del Dr. Montealegre –cuñado de don Juan Rafael–, que buscaba la aniquilación de ambos líderes porque consideraba que no podía subsistir ante la amenaza que representaban, dentro o fuera del país, aprovechó lo que sabía del plan militar para tenderles una trampa. Y ellos cayeron en la trampa. El gobierno dejó pasar apenas unos cuantos moristas hacia Puntarenas, pero luego cerró el camino con su ejército, impidiendo que pasaran más. Y cuando don Juan Rafael y Cañas llegaron a la angosta Puntarenas, se encontraron allí como en una ratonera.

Los revolucionarios habían construido una trinchera en el estrecho sitio de La Angostura, de cuya defensa se encargó el general Cañas. Esta es una larga historia a la cual no me voy a referir. Pero, claro que las fuerzas del gobierno dominaron. El gobierno había tenido tiempo de preparar el ejército que iba a tomar Puntarenas, mil hombres bien equipados, al mando del general Máximo Blanco, muy diestro, pero a quien el gobierno no le tenía total confianza.

Había corrido el rumor de que este, cuando llegara a Puntarenas, iba a apoyar a Mora. Como el gobierno conocía ese rumor, se dispuso que lo acompañaran don Francisco Montealegre, vicepresidente de la República y hermano del presidente, así como don Francisco María Iglesias, el Ministro de Relaciones Exteriores y enemigo personal de Mora. Blanco no podía hacer nada sin la aprobación de ellos, por lo que el ejército debía obedecer las órdenes de un triunvirato.

Dicho ejército cae sobre Puntarenas, logra dominar el paso de La Angostura y persigue a los moristas; don Manuel Argüello narra que los capturaban y los fusilaban y él mismo estuvo a punto de ser fusilado. Hubo muchas víctimas y al final fueron arrestados don Juan Rafael y Cañas. En realidad, don Juan Rafael se entregó y antes lo había hecho Cañas, sobre todo para defender a sus compañeros.

Cuando Iglesias supo que don Juan Rafael se encontraba escondido en la casa del cónsul inglés Richard Farrer, que era su amigo personal, le envió una nota diciéndole: *“Don Juan: con dolor cumpla un deber terrible. Acabo de demorar con instancias la ejecución de dos personas. La vida de usted salva de la muerte a muchos de los suyos. Si usted se presentara o es descubierto será ejecutado tres horas después, los demás se salvarán y tendrán gracia”*.

Al recibir don Juan Rafael esta cruel comunicación, pensando en la suerte de sus compañeros en desgracia, ahora en manos de gentes sedientas de venganza, consideró el enorme peligro que corrían y decidió entregarse para salvarles la vida. Estaba seguro de que con su sacrificio no habrían de correr peligro, porque esa era la promesa formal que le había hecho Iglesias, alto personero del gobierno.

Sublime y noble actitud la suya al entregarse, a sabiendas de que le esperaba el patíbulo. Sin embargo, la muerte del expresidente estaba decidida desde muchos días antes, exactamente desde que el gobierno, enterado del plan revolucionario, había adquirido la seguridad de que, con las medidas tomadas, aquel había de caer en sus manos.

Para llenar las apariencias, se constituyó en Puntarenas un Tribunal Militar para juzgarlo, integrado por las siguientes personas: don Francisco Montealegre Fernández, Francisco María Iglesias Llorente, general Máximo Blanco Rodríguez, general Florentino Alfaro Zamora y general Pedro García Oreamuno. Reunido el domingo 30 de setiembre, este Consejo de Guerra condenó a muerte a don Juan Rafael. Sería fusilado en término de tres horas.

Don Juan Rafael escribió entonces una carta a sus hermanos, encomendándoles a su esposa y a sus hijos, así

como otra de despedida a su esposa doña Inés, en la que le decía:

“Te dirijo esta despedida en los últimos momentos de la vida: son terribles, pero nada temo; solo me inquieta la triste situación en que quedas, viuda, pobre, en el destierro y cargada de hijos. [...] Cuida de nuestros hijos y háblales de su desgraciado padre, para que jamás se mezclen en la política, porque ella es un verdugo que destroza a sus servidores. [...] Recordarás que yo tenía mis motivos para tener tanta repugnancia para invadir este ingrato país, y que lo hice instigado por los que me han sacrificado; Dios los perdona como yo los perdono. [...] Cañas y José Joaquín no corren peligro, a lo menos así me lo han asegurado. [...] Con mi muerte, creo que no podrán remediar nada, pues la complicación que ha engendrado la revolución del 14 de agosto, será fecunda en desgracias para la República. [...] Dios quiera que yo esté equivocado, y que con mi sacrificio todo se acabe, y vuelva la paz y el progreso para estos pueblos desgraciados. [...] No puedes figurarte lo indiferente que me es morir, sólo siento la muerte por ti y por mis hijos; Dios los protegerá y la patria, aunque cruel conmigo, tal vez más tarde no será lo mismo con mis hijos, pues vendrá tiempo en que valgan algo los pocos servicios que he prestado en casi la mitad de mi vida. [...] Ahora voy a ocuparme de lo espiritual, muero como cristiano y confío en Dios que me perdonará mis culpas, y que cuidará de ti y de mis hijos. [...] Somos mortales, y tarde o temprano se muere; estamos en este mundo engañoso de paso, y así debemos ver los acontecimientos ya sean prósperos o adversos”.

A don Juan Rafael no se le permitió hablar con nadie, excepto con Iglesias, y muy brevemente con su hermano José Joaquín, cuando se dirigía al lugar de ejecución. Tampoco se le permitió hablar al momento de su muerte. Ese 30 de setiembre de 1860, a las tres de la tarde, en un sitio denominado Los Jobos, se cumplió la sentencia: fue fusilado don Juan Rafael Mora. Mantuvo gran serenidad hasta el final. Lamentablemente, la promesa que se le había hecho, de respetar la vida de sus demás compañeros, no fue cumplida.

Por correo expreso, el general Blanco informó al señor Aguilar, Ministro de Guerra, que habían sido fusilados don Juan Rafael y don Ignacio Arancibia –líder del alzamiento militar–, y que iban a deportar a Cañas y a otras personas importantes que tenían en prisión. Aguilar contestó de inmediato, indicando que el presidente Montealegre aprobaba todo lo que se había hecho, pero que un Consejo de Gobierno había dispuesto que también se pasase por las armas a Cañas.

El general Cañas, al sin inmutarse recibió la noticia. Sin perder el buen humor que lo caracterizaba, escribió a su amigo don Eduardo Beeche, diciéndole: *“Si me hubieran juzgado, no me fusilan, porque las leyes son más cuerdas que los hombres. Mas no me quejo, porque el tal mundo*

del que me van, no es tan buena cosa". Su espíritu superior, noble, exento de rencores y otros, queda retratado en estas frases de la última carta que escribió a su esposa Lupita: "Voy a ser fusilado dentro de dos horas. A nadie culpes en tu dolor por semejante suceso; y esto hazlo en memoria mía..."

El 2 de octubre, a las nueve de la mañana, en el mismo sitio de Los Jobos fue fusilado Cañas, el más notable y generoso soldado de la Campaña Nacional. La orden dada por el Consejo de Gobierno para que lo fusilaran se debió al temor que había en el gobierno: se pensó que si a Cañas se le desterraba volvería enseguida con fuerzas militares a cobrar la muerte de don Juan Rafael. Se sabía lo valiente y decidido que era, su popularidad y el apoyo con el que podría contar, por eso se decidió fusilarlo, porque sus enemigos temblaban de temor ante la idea de que regresase a hacer justicia.

La carta que Iglesias envió desde Puntarenas a Aguilar retrata muy bien el estado de ánimo de aquellos hombres. Veamos algunos de sus conceptos:

"Ni tiempo ni necesidad tengo de hacer a usted un minucioso detalle de lo ocurrido en el corto espacio de cuarenta y ocho horas. Opiné y aconsejé la ejecución de Manuel Argüello, que consideraba necesario para la futura seguridad del país. Los verdaderos y grandes culpables de la rebelión han pagado con su vida. Ojalá que esto se considere como suficiente expiación. Yo no imploro perdón ni castigo para los demás culpables; yo no quiero mezclarme en esto; el gobierno decidirá lo que crea conveniente. [...] Si juzgan necesario que haya otro ejemplo más, estoy listo a apoyarlos. [...] Don Vicente, nuestra vida y nuestros bienes y familias han pendido de un hilo, y la muerte o la miseria y el destierro, eran nuestro norte. En acción de gracias por el inmenso favor que Dios nos ha acordado, debemos hacer privadamente alguna obra meritoria ante sus ojos, y como la caridad es la fuente de todas las virtudes y méritos, yo le suplico que no se le olvide de hacerla ocultamente como mejor convenga".

El mismo día 2 de octubre, a las seis de la tarde, fueron conducidos a un barco y expulsados del país el general José Joaquín Mora, don Manuel Argüello, don Manuel Cañas y don Leonidas Orozco. Dos meses después, el 17 de diciembre, habría de morir en El Salvador, agobiado por la tristeza, el general Mora.

Pero no todo terminó allí. Los presos políticos tomados en Puntarenas fueron traídos a la capital, amarrados y a pie, y de inmediato se instaló un tribunal especial para juzgarlos y averiguar quiénes eran los demás comprometidos en la revolución. El coronel Tomás Guardia fue designado presidente del Tribunal, el licenciado Antonio Álvarez actuó como fiscal específico y el licenciado Fernando Estreber como procurador general.



Escena de la batalla del 11 de abril, en Rivas. Fuente: Archivos MHCJS. Frank Leslie's Illustrated Newspaper (17-5-56).

Este Tribunal condenó a muerte a don Guillermo Nane, al presbítero Antonio del Carmen Zamora, a don Crisanto Medina hijo, a don Salvador Mora, a don Antonio Argüello y al militar don Francisco Sáenz, así como a otras personas a quienes se acusó de estar muy comprometidas en el movimiento revolucionario. Más tarde, esa pena fue conmutada por otras. Entre los desterrados estuvieron don Manuel Mora Fernández, el médico Santiago Hogan, don Domingo Matthey, don José Mendoza y algunos más, y entre los sancionados con multas estuvieron, entre otros, el presbítero don Joaquín García y don Alejandro Aguilar Castillo.

Tales son, en síntesis, los sucesos ocurridos en setiembre y octubre de 1860, cuando hubo desbordamiento de pasiones y, puede decirse, mucho más de fondo.

El licenciado Cleto González Víquez, que fue toda una autoridad en cuanto al conocimiento de nuestra historia, afirma que la muerte de don Juan Rafael obedeció, en mucho, más que a conveniencias del Estado y a las necesidades del gobierno, a venganza de agravios personales. Esto hace todavía más lamentables y graves aquellos dolorosos sucesos.

En todo caso, podemos afirmar que la muerte de los próceres don Juan Rafael Mora y el general José María Cañas no se podrá justificar nunca y constituye un crimen de lesa patria.

Así terminamos este recuento de la vida de estos próceres. Tal es la página más triste y sangrienta de la historia de Costa Rica.

NOTAS

- 1 Este texto es una transcripción de la conferencia dictada el 11 de mayo de 2004 en el Auditorio Juan Rafael Mora Porras, del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.